

INCORRECTA

• AFROS • FEMINISMOS • MIGRANTES • SEXUALIDADES •

Jueves 31 de marzo de 2016 - Nº 7



Federico Murro

Migraciones, trabajo y esclavitud

Brutas changas

A suerte y verdad

Empleados que trabajan para la elite diplomática

MARÍA EUGENIA de la Cruz pasó hambre en Lima y se juró no pararla nunca más. Desde su juramento interno junta plata. Juntó peso a peso para convertirlo en sol a sol y comprar primero el terreno y luego armar una casa donde pensaba vivir, que ahora habita su hermana mayor. Le faltaba hacer el techo cuando llegó a Uruguay; por eso vino, porque tenía que techar la casa. Una señora le había propuesto ir a Estados Unidos, pero le daba miedo salir de Lima.

La matemática se impuso. Después de hacer cuentas, calculadora en mano, y con una propuesta de ganar 450 dólares en Montevideo, comprobó que le daba para hacer el techo. Podía terminar la casa, su casa, y hasta se podía dar el lujo de ahorrar. Pensaba volver al año a Lima, pero el embajador siguió en funciones en Montevideo. La cosa fue tan bien que hasta compró un auto, el primero de la familia, que también usa su hermana.

De la Cruz trabajó 16 años con diplomáticos venezolanos. Primero en su natal Lima, luego en su heredada Montevideo. Tiene 44, empezó la fajina a los 14, cuando la rebeldía adolescente la empujó de su casa paterna en el populoso barrio de Pamplona Alta. Para mantenerse, consiguió un trabajo con cama mientras estudiaba en la secundaria. Cuando concluyó siguió estudiando para secretaria; también aprendió corte y confección. Se decidió a trabajar como doméstica porque la paga en la maquila como detrás de un escritorio era muy poca. Como secretaria trabajó casi un año gratis. Entonces volvió a probar con las tareas domésticas con cama, en Las Casuarinas, un barrio cerrado hipervigilado de Lima. "Ahí no hay bodegas", dice María Eugenia, o sea, almacenes. Habla con una cadencia uruguaya, hay que afinar el oído para descifrar al Perú de su lengua.

Cuando llegó a la primera casa donde trabajó, con sus escasos 14 años, pensó que había cometido un error, que no era tan grave vivir con sus padres. Su hermana mayor le decía que dejara el trabajo. Pero ella se deslumbró con la casa nueva y sus comodidades. La familia para la que trabajaba le permitió continuar con la secundaria. Siempre y cuando volviera con tiempo para preparar la cena y se levantara lo suficientemente temprano para empezar antes las tareas y dejar todo pronto. Arregló, se quedó. Al poco tiempo ayudaba económicamente a la familia para que sus hermanas más chicas fueran a la escuela. El único que trabajaba era su padre y el dinero siempre faltaba. Su hermana mayor estaba casada, fuera de juego, viviendo con su marido que cierto día enfermó. Entonces tuvo que asumir los costos de la mala salud sin faena, necesitó un trabajo.



Por entonces, María Eugenia trabajaba con diplomáticos alemanes, ganaba "un muy buen sueldo". Les explicó que su hermana necesitaba el trabajo más que ella, que ella podía conseguir otro, les pidió que le dieran las tareas a su hermana, y los alemanes aceptaron. Al mismo tiempo, le consiguieron trabajo con los diplomáticos venezolanos.

Se tenía que levantar muy temprano para que las arepas estuvieran en su punto cuando el señor amaneciera. Las arepas deben reposar un rato. María Eugenia no. Se daba un duchazo de agua fría antes de preparar el café, la ensalada, la palta y los jugos en modo automático. Los sábados comían postas de pescado fritas con perico, unos huevos revueltos con verduras.

En Perú se enfermó de los pulmones. Gastaba buena parte de sus ingresos en pagar estudios clínicos y doctores. Sintió que trabajaba y vivía para los médicos y sus artes ocultas. Se dijo basta. Le pidió a sus patronas que la pusieran en la seguridad social. Ellos accedieron después de vascular, mientras la bronquitis se agravaba. Desde entonces hace sus aportes.

María Eugenia no extrañó Perú cuando llegó al Aeropuerto de Carrasco, tampoco ahora. Llegó a Uruguay con la pareja de venezolanos que le daban un dinero extra para que ella siguiera haciendo sus aportes en Perú, "porque acá no podían". Le pagaban bien y aprovechaba para mirar la telenovela de la noche y la del mediodía, después de que terminaba con la rutina.

◆◆◆

Otras domésticas con cama o retiro no corrieron o no corren con

la misma suerte. Este asunto de ser doméstica y trabajar con diplomáticos es a suerte y verdad. Cuando llegó a Uruguay, en 2003, los venezolanos le hicieron una liquidación importante, tanto que todavía abre los ojos como si nunca hubiera visto esa cantidad de dinero junta.

Le sacaron un "carnet" diplomático, no tenía cédula ni documentación uruguaya, tampoco le hicieron aportes en Uruguay. No reclamó. Los estaba haciendo en Perú.

María Eugenia se afincó en Uruguay, se enamoró y está viviendo con un uruguayo, en Cordón. Así que fue al BPS para ver si había alguna manera de que le reconocieran sus años trabajados en Lima. No existe esa posibilidad, al menos no es tan fácil. Tiene que trabajar casi desde cero para jubilarse. "Me perjudicó no haber aportado", confiesa ahora.

Trabaja y trabajó en "negro" en casas particulares desde que se terminó el trabajo con los diplomáticos. Es una freelance de la limpieza. Le gusta el freelanceo. "En cada casa entrás a un mundo distinto, cada persona es distinta". Trabajó con cuatro familias diferentes que llegaron de Finlandia cuando la construcción de Botnia. Ahora aguanta el malhumor de familias y hogares unipersonales del Centro, Carrasco, Buceo, Pocitos, Punta Carretas y Punta Gorda.

Limpia la casa de una familia uruguaya, otra francesa-argentina y una brasileña. A los uruguayos los ve poco. Como mucho dos veces por semana. Su trato es con la mujer que trabaja con cama en esa casa. Al señor de la casa lo conoció al cuarto mes. La señora también trabaja mucho y con ella tiene un trato correcto, "buenos días", "buenas tardes", "cómo está", y el

pago una vez por mes. Los adolescentes que están más en casa a veces están cruzados. Cuando pierde Peñarol patean todo, así que por estos días no habrá quedado mueble sano en Carrasco. La adolescente se encierra en el cuarto y el joven es más relajado, canta. "Trato de llevarlo como parte del trabajo. Si no tengo que salir a buscar otro".

Hace cinco años que está aportando como trabajadora independiente. Cuando un cliente le aporta ella deja todo para ir. No importa si llueve, hay paro de ómnibus, caen pingüinos o invaden las chicharras. "Yo les digo: si no me aportás, cuando no me pinte venir no vengo y chau. A una sola que es uruguaya no le tuve que pedir aportes, pero a los otros casi les tuve que suplicar". Con los extranjeros siempre le cuesta más la gestión.

◆◆◆

Marta Petkovich es cocinera. Desde 1997 hasta 2012 preparó cócteles, aperitivos, sirvió cenas en silencio y lavó unas cuantas veces el colchón orinado por los niños grandes del diplomático egipcio. Sus contratantes no hacían los aportes patronales al BPS. Se escuchaban en el silencio, entre valijas diplomáticas y ese cuento que por repetido mil veces parece verdad: que una embajada y por extensión las casas particulares del cuerpo diplomático son territorio de ese país. Allí el derecho laboral es gris, tirando más a oscuro en aquellos oficios imprescindibles para el orden.

Aunque probablemente en Egipto existan leyes laborales, nadie se tomaría el tiempo de ver cuál es la legislación, nadie se tomaría la molestia de contradecir a un dignatario extranjero.

En 2012, Petkovich le pidió al embajador árabe que hiciera los aportes que nunca había hecho. Tuvo una negativa. Deambuló por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, también por el BPS y hasta llegó a la Comisión de Legislación del Trabajo de la Cámara de Representantes y la Suprema Corte de Justicia, además de otras organizaciones. Diputados de todos los partidos políticos dijeron por entonces que la situación de la trabajadora era inadmisibles, que debían hacer algo.

Aquel 2012 se transformó en el tren fantasma para Petkovich. La sacaron de la cocina y la pusieron a limpiar. La hacían entrar a las seis y media de la mañana. La esposa del diplomático la trataba con desprecio. Trabajó dos semanas de corrido, hasta 15 horas diarias. Nunca percibió horas extras.

Ana María es hermana de Marta, empezó a trabajar en la embajada en el mismo año y se fue con ella en la misma fecha. Poco antes de que uno de los embajadores se fuera tuvo que llamar a la seccional N° 14 de Policía. El diplomático, una semana antes de irse, le puso un cuchillo en el cuello y la acosó sexualmente. Pero en la comisaría le dijeron que no podían hacer nada porque el tipo era diplomático.

El embajador se fue del país y ella siguió trabajando. Cuando la embajada recibió la notificación del BPS por los aportes que nunca había hecho, la hicieron firmar un papel que no le dejaron leer. Ese mismo día la llamó por teléfono un abogado que la despidió. Por supuesto que no le pagaron nada.

El chofer de la Embajada de Egipto falleció a finales de 2012. Trabajó 25 años de los 76 que vivió en la delegación diplomática. En sus ratos libres hacía changas. Falleció de un cáncer. Trabajó hasta el último mes antes de morir. En enero la delegación de Egipto le llevó a su mujer el último sueldo que el hombre no había cobrado. Ese fue todo el capital con el que pudo contar la viuda. Porque como nunca aportó, la señora no tiene pensión. Los Estados quedan, las personas pasan.

Esos hechos fueron denunciados ante el Parlamento. El diputado Martín Tierno (MPP), que participó en la comisión, recuerda que "lo dificultoso" es que no "pudimos hacer venir al embajador a dar explicaciones. Entonces quedó ahí, con la denuncia de ellas. Desde el Ministerio de Relaciones Exteriores vino gente de cancillería y nos comentó que también para ellos era dificultoso. Más de eso no pudimos avanzar".

Ni siquiera los que deben modificar las leyes han podido con este tema. Tal vez algún embajador pueda restituir los derechos que las embajadas les quitan a ciertos empleados y, sobre todo, a las empleadas. ■

Mercado de cuerpos

Trabajo esclavo y migrante en Brasil

POR CUATRO SIGLOS, y como consecuencia del tráfico de esclavos, Brasil recibió inmigración forzada desde África. La abolición de la esclavitud respondió a intereses económicos, desprendida de cualquier plan o política social que integrase a los libertos, e hizo que los esclavos continuasen al margen de la sociedad.

Hasta hoy, 127 años después, viven las consecuencias nuevos inmigrantes en las haciendas de café en el sudeste, soldados del caucho en el norte, cortadores de caña de azúcar del nordeste, trabajadores de las haciendas de ganado vacuno del centro oeste, y los que trabajan en el agronegocio, la deforestación, en las casas de prostitución, en los talleres de costura.

Formas modernas de esclavitud

Sobre el esclavo moderno el empleador no ejerce el derecho de propiedad, pero sí el uso y el abuso, que puede resultar aun peor, porque no es responsable de la "conservación". Es más, descarta a las personas después de explotarlas más allá de sus límites en diversos servicios, como el doméstico, por lo general de duración limitada. Carboneros, desbrozadores de pasto o cortadores de caña de azúcar del siglo XXI tienen una esperanza de vida inferior a la de algunos esclavos de los siglos anteriores.

Una persona brasileña o un inmigrante en Brasil no se convierte en esclavo necesariamente por ser negro, sino por su persistente marginación social y económica, aunque la ascendencia africana sigue ofreciendo el mayor contingente de personas. Grilletes y barrotes ya no son los medios comunes para someter a los otros: los esclavos de "precisión" son trabajadores sin tierra, sin alternativas, que migran en busca de sustento a cualquier precio, víctimas de las promesas de los traficantes organizados. Trabajo degradante, jornadas agotadoras, deudas, humillaciones, amenazas y violencia, junto con el aislamiento, son eficaces cadenas de cautiverio.

Trabajo esclavo en la Amazonia¹

Ananás y Angico son dos pequeños pueblos del norte de Tocantins, que viven la pesadilla del trabajo esclavo. Sin alternativas de empleo o ingresos suficientes para mantener a la familia, los trabajadores acaban aceptando cualquier tipo de oferta realizada por los agricultores en las comunidades ubicadas en el sur de Pará. Hay decenas de relatos de viajes dramáticos hasta los confines del río Xingú en la conocida región de Iriri -a 900 kilómetros de Ananás-, donde cada semana barcos cargados de peones, o camiones y autobuses fletados, llevan nuevos contingentes de trabajadores.

Uno de los que habita en Ananás cuenta que recibieron un bono de 200 reales y que el agricultor les advirtió que si alguien se enferma, él no presta ayuda, ni su camioneta lleva enfermos; cada quien debe



ESCLAVIZAR EN LOS PROSTÍBULOS

En Várzea Grande, Estado de Mato Grosso, 24 personas fueron rescatadas de la explotación sexual. Las mujeres eran explotadas sexualmente y se les impedía salir de la discoteca a menos que pagaran una tarifa. Además de 20 mujeres jóvenes, también había cuatro hombres sometidos a jornadas extenuantes.

Mantenidas en malas condiciones de vivienda y hacinadas en el interior del club nocturno Star Night, las mujeres se veían obligadas a permanecer casi 24 horas a disposición del dueño de la propiedad, que se encuentra a poco más de un kilómetro del centro de Várzea Grande y a un kilómetro del aeropuerto internacional Mariscal Rondon. No tenían ningún tipo de derechos, como el descanso semanal gratuito, garantizado por la ley, ni tampoco gozaban de domingo o día festivo. Algunas llegaron a firmar un contrato que les impedía la salida del lugar de trabajo si no pagaban por ello. ■

resolver cómo salir a la carretera y llegar a la ciudad (la más cercana queda a 140 kilómetros). Otras personas relatan que llegaron a la localidad unos 50 trabajadores después de viajar tres días en un ómnibus alquilado y ocho horas en un tractor. Al llegar, la comida era pobre y poca. El alojamiento en el bosque era de lona de plástico y las herramientas para trabajar debían comprarlas, especialmente la hoz, a diez reales. Los trabajadores decidieron retirarse debido a las amenazas y a la falta de cumplimiento de los acuerdos. Para salir de la hacienda, caminaron más de dos días, alrededor de 120 kilómetros, hambrientos y durmiendo en el bosque.

De La Paz a San Pablo

Ronaldo trabaja desde los 14 años, cuando se fugó de su casa por la violencia de su padrastro. Desde entonces, mantiene poco contacto con sus cuatro hermanos y el resto de su familia. "Me fui con lo puesto, sin documento, sin ropa, sin nada." En su último empleo en La Paz, Bolivia, era mozo en una casa de huéspedes, donde vivía, y cobraba poco más de 130 reales por mes. Fue allí que recibió una invitación para trabajar en Brasil.

El coyote le ofreció trabajo un lunes de enero de 2011 y el jueves siguiente lo llevó a Brasil.

Ronaldo hizo un largo viaje en ómnibus: de La Paz a Cochabamba,

luego se dirigió a Santa Cruz de la Sierra; a través de Puerto Quijarro llegó a Corumbá, Mato Grosso, y finalmente a San Pablo. Cuando estaba en la línea de frontera entre Brasil y Bolivia, el coyote le entregó un documento a Ronaldo, sin decirle nada. "Yo no entendía, no sabía cómo iba a pasar, simplemente le mostré el documento a la policía y pasé". Una vez que cruzó la frontera, el documento le fue retirado. Era el carnet de identidad de otra persona.

La condición de inmigrante indocumentado es un elemento determinante en la relación entre el empleador y el empleado, y se convierte fácilmente en una relación de dependencia y coacción. El miedo a ser deportado o incluso detenido por las autoridades brasileñas es constante y utilizado por el empleador como forma de coerción.

Atraído por las promesas de un buen trabajo y buenas condiciones de vida, el trabajador tuvo dos opciones al llegar: pagar el viaje o trabajar para el coyote durante un año sin recibir remuneración, y además con la condición de no buscar empleo en otros lugares. Sin dinero, finalmente se sometió a las restricciones impuestas.

El coyote que lo llevó a Brasil tenía un taller de costura en Villa Guilherme, Zona Norte de San Pablo. En el lugar, aprendió a coser. Ronaldo cosía todo el día, desde las 7.00 hasta las 23.00. Los días pasaban y el

dueño del taller se volvió cada vez más exigente con la cantidad y la velocidad del trabajo.

Dos semanas después de llegar a San Pablo, Ronaldo tuvo un dolor de muelas y consiguió prestados de una costurera tres reales para comprar remedios. Salió a buscar una farmacia y se perdió. Dio vueltas desde las 7.00 hasta las 14.00 sin encontrar el camino. No sabía cómo pedir ayuda. La primera boliviana que encontró en la calle fue quien le tendió una mano.

Contexto actual

Estos ejemplos justifican que en Brasil se haya comenzado a estructurar una política contra la esclavitud contemporánea con la institucionalización de la Comisión Nacional de Erradicación del Trabajo Esclavo (Conatrae), bajo la coordinación de la Secretaría Nacional de Derechos Humanos, integrada por diversos representantes del gobierno, de los trabajadores, de los empleadores y de la sociedad civil. El documento marco de este trabajo es el Plan Nacional de Erradicación del Trabajo Esclavo, adoptado en 2003 y revisado en 2008, cuando surge una segunda versión.

Consecuencia del plan fue la alteración del artículo 149 del Código Penal por la ley N° 10.803/03, que tipifica de manera más precisa las conductas que caracterizan este crimen, incluyendo la servidumbre por deudas y la sujeción de los trabajadores a condiciones degradantes. Otro resultado de estas movilizaciones fue la concesión del seguro de desempleo para los trabajadores rescatados y la creación de "una lista sucia" que registra a los empleadores criminales.

Estas acciones, producto de la legislación en el tema y del conjunto de las políticas públicas desarrolladas en los últimos 20 años, situaron a Brasil como un ejemplo global de combate a la esclavitud contemporánea.

Creada por Fernando Henrique Cardoso, mejorada por Lula da Silva, que amplió los mecanismos de

combate a ese crimen, y mantenida por Dilma Rousseff, la política nacional se hizo carne en algunas zonas gracias a gobernadores y alcaldes, como el prefecto de San Pablo, Fernando Haddad.

Desde 1995, el sistema nacional de combate al trabajo esclavo rescató cerca de 50.000 personas en operaciones de control de haciendas de ganado, soja, algodón, frutas, caña de azúcar, carbón, obras de construcción, talleres de costura. En ese período, el problema dejó de ser visto como una cuestión restringida a las regiones agropecuarias y pasó también a ser un problema de grandes centros urbanos.

Son cuatro elementos los que definen la esclavitud contemporánea: el trabajo forzado, la servidumbre por deudas, las condiciones degradantes (cuando se pone en peligro la salud y la vida de los trabajadores) y las jornadas extenuantes (cuando los trabajadores son sometidos a esfuerzos excesivos o a sobrecarga de trabajo que acarrea daños a la salud o riesgo de muerte).

Algunos legisladores afirman que es difícil definir estos dos últimos elementos y que generan "inseguridad jurídica". Sostienen que las condiciones en las que se encuentran los trabajadores, por más indignas que sean, no son importantes a la hora de definir una situación de trabajo esclavo, que lo único determinante es si hay libertad de movilidad restringida.

Hay al menos tres proyectos presentados en el Congreso Nacional que buscan reducir el concepto de trabajo esclavo.

La construcción de la política nacional de erradicación del trabajo esclavo, a pesar de no ser perfecta, fue hecha de forma suprapartidaria. Actualmente, se corre el riesgo, bajo la antigua justificación de gobernabilidad (o de la crisis económica), de retroceder en el marco legal y en el proceso de erradicación de la esclavitud.

La esclavitud ha generado raíces profundas que forman parte del sistema económico vigente: este modelo de desarrollo que predica la codicia como criterio, uno de sus productos -la miseria- tiene como consecuencia que para muchas personas cualquier trabajo sea mejor que nada; y la impunidad es una invitación a continuar reproduciendo ese círculo vicioso sin fin. Así, el trabajo esclavo es analizado sobre la perspectiva del modelo productivo que redundará en una mercantilización de la fuerza de trabajo. ■

Marina M Novaes

1. Los casos comentados a continuación tienen como fuente: Bignami, Renato; Nogueira, Christiane; Novaes, Marina; Plassat, Xavier. O tráfico de pessoas e trabalho escravo: além da interposição de conceitos. In: Bignami, Renato; Nogueira, Christiane; Novaes, Marina (Orgs.). Tráfico de Pessoas, reflexões para a compreensão do trabalho escravo contemporâneo. São Paulo: Ed. Paulinas, 2014. pp. 214-220.

Yo contra yo

El feminismo craneado en las universidades anglosajonas

LAS PRIMERAS LUCHAS intestinas en el feminismo (o al menos las primeras documentadas) datan de hace ya más de un siglo, cuando las *suffragates* británicas se dividieron amargamente entre quienes consideraban que había que interrumpir su campaña de desobediencia civil y atentados moderados para colaborar con el esfuerzo nacional en la Primera Guerra Mundial -lo que hicieron sumándose a la campaña de las plumas blancas, con la que se buscaba humillar públicamente a los hombres que por motivos ideológicos o conveniencia no se sumaban al frente- y quienes sostenían que su lucha era más importante que un conflicto entre naciones y que no se la podía interrumpir estando tan cerca de sus objetivos. En rigor no hay por qué atribuirle al feminismo un espíritu más divisivo que el de cualquier otro movimiento ideológico progresista -alcanza con confrontar la historia del socialismo desde sus primeros pasos-, pero lo cierto es que dista muchísimo de la hegemonía que suponen sus observadores externos, impresión en la que se basan muchas generalizaciones que ni remotamente comprenden a la mayor parte del feminismo.

Estas divisiones se profundizaron durante la llamada Segunda Ola del feminismo, que comprende un período que puede establecerse entre la re-emergencia del movimiento a mediados de los años 60 y el fracaso de la aprobación de la Enmienda de Igualdad de Derechos en 1982 (Equal Rights Amendment, también conocida como ERA), que significó un duro golpe para el feminismo radicalizado de la década anterior, que la había tenido como objetivo principal en momentos en que el movimiento comenzaba a agrietarse entre las facciones que remarcaban las diferencias entre las feministas de distinta raza, procedencia social u orientación sexual, y entre las que consideraban al movimiento como uno de características reformistas y para quienes era una fuerza revolucionaria.

Por agrias que fueran estas disputas no se alcanzó el antagonismo directo hasta la llegada en los 80 y 90 del posfeminismo de Christina Hoff-Sommers o Camille Paglia, quienes reivindicaban muchas de las características de la femineidad de modelo patriarcal, considerándolas rasgos propios y no impuestos por los hombres, a la vez que estimaban como ya logrados los principales objetivos originales del feminismo, del que se declaraban parte -bajo la denominación de "feminismo igualitario" (en contraposición al feminismo de género)- para gran incordio y molestia del ala más radical subsistente del feminismo revolucionario y el Movimiento de Liberación Femenina.

Pero ni aun así el discurso feminista, por más radical y confrontativo que fuera, había adquirido

el carácter censor y autoritario -incluso hacia el interior del movimiento- como el que está asomando en algunos ámbitos actuales, cuando, paradójicamente, parecería haber ampliado su base representativa para incluir una mayor diversidad de pensamiento. Una tendencia centrada en la directa supresión o indiferencia hacia cualquier disenso y que amenaza crear una amarga brecha entre el feminismo actual y la generación que llevó adelante la revolución de los años 60-70.

Suele mencionarse como un elemento diferenciador entre el feminismo de Segunda Ola y el de Tercera Ola -denominado por algunos "feminismo de género" por la decisiva influencia del pensamiento sobre el género como un *constructo* social de la filósofa y teórica cultural Judith Butler en el seno de éste, pero al que también se le ha denominado como feminismo posgiro lingüístico, en relación a la importancia que le da al lenguaje y a los códigos de lo que conocemos como políticamente correcto- que el primero era notoriamente intelectual y académico, mientras que el segundo ha tenido más bien un rol difusor en las capas más populares de la cultura. Sin embargo, es en las usinas del pensamiento académico anglosajón, aún dominadas por la herencia del posestructuralismo y el relativismo cultural, donde el feminismo de la Tercera Ola parece haber hecho sus trincheras más profundas y estar preparando su artillería. El problema, para el resto del feminismo, es hacia dónde están apuntando sus cañones.

Oídos sordos

La expresión *no platform* o *no platforming* juega con el doble sentido de la palabra *platform* ("plataforma" o "tarima", también usada como "programa político") para denominar una política de la izquierda estudiantil inglesa, promovida por la National Union of Students (NUS, la federación de gremios universitarios de Gran Bretaña), que consiste en no colaborar en forma alguna con la difusión de cualquier discurso político que nos parezca aberrante. De esta forma, a quienes se aplique esta política se les debe demostrar rechazo en cada una de sus intervenciones públicas, y ni siquiera se les debe dar la oportunidad de mantener un debate, ya que se considera que sus ideas son tan negativas que no hay nada que ganar en el intercambio y que, al contrario, la mera expresión y expansión de éstas produce un daño superior al del eventual entorpecimiento o anulación de la libertad de expresión.

Un recurso muy discutido ante el cual las alas más liberales de la izquierda se han resistido siempre, pero que tuvo su origen en una circunstancia política muy especial, cuando en los años 80 el ascenso vertiginoso del fascismo-

de Partido Nacional Británico se convirtió en tema de alarma entre los estudiantes que, además, eran regularmente hostilizados por sus integrantes. Actualmente, hay seis organizaciones -de corte fascista o fundamentalista- vetadas por la NUS, que plantea el boicot inmediato a la presencia de cualquiera de sus integrantes en los ámbitos universitarios. En el último lustro esta política ha comenzado a ser utilizada para impedir los discursos de figuras individuales, como el ex director del Fondo Monetario Internacional Dominique Strauss-Khan y la líder de la ultraderecha francesa Martine Le Pen, pero también se ha ampliado para abarcar figuras polémicas del campo de la izquierda, como el director de WikiLeaks, Julian Assange, y, últimamente, disidentes en general que sostengan un punto de vista divergente con el de la línea mayoritaria. Es el caso del histórico activista y símbolo de los derechos LGBT Peter Tatchell, vetado justamente por oponerse a esta política de ostracismo, o el militante radical antirracista Nick Lowles -fundador del movimiento Hope Not Hate (esperanza no odio)-, quien, en un gran ejemplo de "rizar el rizo", fue calificado de "islamófobo" por haber sido muy duro en sus críticas a los grupos antiislamofobia que se comportaban en forma excesivamente pasiva.

Pero donde la política de *no platform* (actualmente centro de grandes polémicas en el seno de la militancia estudiantil, que ha comenzado a rechazarla en masa por sus excesos, no obstante se sigue aplicando) ha generado las mayores discusiones y ha sido aplicada en forma más confrontativa y polémica ha sido en el campo del feminismo, especialmente desde la adopción en Inglaterra de la política de *safe places* (lugares seguros). Ésta es una creación de allende el Atlántico (de las universidades de Estados Unidos), en donde cada vez más se extiende la idea de que los campus universitarios no son lugares donde intercambiar ideas opuestas, sino exactamente lo contrario. La teoría de los *safe places* sostiene que la universidad en general debe ser una suerte de santuario en el que los estudiantes estén a salvo de ideas o discursos que, por motivos muchas veces individuales, les resulten perturbadores u ofensivos. Si bien en un principio los *safe places* eran apenas espacios específicamente delimitados en los que se prohibía cualquier expresión grosera y radical (ambientados, además, con una mezcla letal de infantilismo y decoración *new age*), la tendencia creciente es que los estudiantes consideren *safe place* a la totalidad de los ámbitos semipúblicos de los campus universitarios, incluyendo sus aulas, parques y salas de conferencia. Esto ha llevado a excesos risibles

(para quien no los haya sufrido), como el caso de un estudiante de una escuela de artes de Oregon, a quien a principios de 2015 se le prohibió la entrada a varias áreas del centro educativo porque se parecía al abusador sexual de otra estudiante, a la que se le quería evitar el trauma de ver a alguien similar a su agresor.

En todo caso fue el respeto a estos lugares seguros lo que se esgrimió para sugerirle a la comedianta de stand up Kate Smurtwhaite que era mejor que no realizara el show que tenía previsto para febrero del año pasado en la universidad de Goldsmiths (Londres), ya que estaba planeado un piquete organizado por feministas de la institución, protestando por su presencia. Desde hace algunos años (aunque no tanto, ya que el fenómeno ha tenido una explosión notoria en los dos últimos) los comediantes de stand up -incluyendo a figuras tan identificadas con la antidiscriminación como Chris Rock- se quejan de lo imposible que se ha hecho hacer humor en las universidades, donde cada chiste parece tener que pasar por el rasero de lo políticamente correcto y justificarse o explicarse ante el riesgo de que quien lo realizó pueda ser rotulado como racista, sexista u homofóbico. Pero Smurtwhaite se consideraba a salvo de todo esto; la comedianta ha adquirido renombre en los últimos tiempos más que por la efectividad de su humor por su carácter de militante feminista radical, participando habitualmente como tal en programas de debate televisivo y utilizando su show como soporte habitual de su discurso de activista de género.

Sin embargo, una de sus rutinas humorísticas, que trataba acerca del comercio sexual, desató la ira de las feministas de Goldsmiths, quienes aparentemente no coincidían con su idea de que sólo el consumo sexual debe ser penado y no así la oferta, y programaron el mencionado piquete que terminó con la cancelación del show. Irónicamente, el espectáculo preparado por Smurtwhaite no iba a tratar en absoluto sobre prostitución, sino sobre libertad de expresión. La noticia se conoció al mismo tiempo que un informe de la revista *Spiked* reveló que 80% de las universidades inglesas había instrumentado en los últimos tiempos restricciones a la libertad de expresión que superaban las requeridas legalmente. Y muchas de estas restricciones se habían instaurado a solicitud de los propios estudiantes.

El caso de Smurtwhaite no es el único ni el más escandaloso de esta clase de canibalismo. Julie Bindel es una de las columnistas estrella del diario *The Guardian* y una de las más famosas y controvertidas feministas radicales (así como activista lesbiana), cofundadora de Justice for Women, una organización que presta ayuda legal a las mujeres acusadas de haber matado

a sus parejas violentas. Pero Bindel, dueña de una pluma vitriólica, escribió en 2004 un artículo en el que protestaba por el caso de una persona trans que había sido designada como consejera en un grupo de apoyo a mujeres violadas, argumentando que la experiencia de esa persona como mujer era mínima y concluyendo con la frase: "No tengo problemas con los hombres que descartan sus genitales, pero eso no los hace mujeres". El artículo causó controversias y las actividades públicas de Bindel fueron sujeto de protestas por parte de la comunidad gay, haciendo que ella escribiera una nota en 2011 pidiendo disculpas en forma "irrestringida" por el contenido y tono de la anterior. Sin embargo, la periodista siguió siendo sujeto de una campaña de *no platform* constante, que llegó a su clímax cuando en 2014 su presencia en un debate con el antifeminista Milo Yannopoulos en la Universidad de Manchester fue rechazada por las sociedades feministas de esa universidad. Paradójicamente, la protesta fue exclusivamente contra su presencia, y no la de Yannopoulos.

Pero el caso que marcó un auténtico quiebre entre las representantes y epígonas de la Segunda Ola y sus más jóvenes contrapartidas de la Tercera fue uno muy similar al de Bindel pero que tuvo como sujeto a un personaje más notorio y con un legajo de mayor peso histórico: la conocida feminista australiana Germaine Greer. La legendaria autora de *The Female Eunuch* (1970) ha sido una de las figuras clave del feminismo radical desde hace más de 40 años, y de sus voceras más intransigentes, pero siempre ha sido muy enfática en explicitar su concepción eminentemente biológica del género, y a pesar de declararse a favor de los derechos de las personas trans y decirse "fascinada con la intersexualidad", ha negado desde hace años que el cambio de género convierta a un hombre en una mujer. Invitada a dar una charla en la universidad de Cardiff sobre "mujeres y poder", Greer -de 76 años- se refirió de manera irónica en una entrevista a que la millonaria Catelyn Jenner, quien vivió 65 de sus 66 como Bruce Jenner, conocido deportista de los años 70 y padre de seis hijos, fuera nombrado por la revista *Glamour* como "la mujer del año", y volvió a reafirmar en forma tajante sus ideas, declarando: "No creo que una mujer sea un hombre sin una pija. Pegarme en la cabeza no me va a hacer cambiar de forma de pensar... Si no encontrás tu ropa interior llena de sangre a los 13 años, entonces no entends lo que es ser una mujer".

El tono áspero de Greer -y seguramente haberse metido con una figura entonces intocable e icónica como Catelyn Jenner (en los últimos meses ha caído un poco en desgracia a causa de su apoyo a Donald Trump)- provocó que



Movilización feminista. / FOTO: NICOLÁS CELAYA (ARCHIVO, DICIEMBRE DE 2014)

Rachael Melhuish -la representante femenina en el gremio estudiantil de Cardiff- lanzara una petición en *Change.org* requiriendo que se cancelara la charla de la intelectual australiana en la universidad a causa de que habría “demostrado tener visiones misóginas en relación a las mujeres trans”, petición que fue firmada por 3.000 alumnos de la institución.

Pero en este caso, a diferencia de Smurtwhaite y Bindel, figuras de menor relevancia popular, la desproporción pareció evidente hasta para quienes no simpatizan con las ideas de Greer, a quien se le pueden aplicar muchos adjetivos pero difícilmente el de “misógina”, y a pesar del peticionario, la veterana militante realizó su charla y repitió su punto de vista sobre la identidad genérica de las personas trans a quien se lo preguntara.

Todos estos casos se desarrollaron en el mundo académico de Gran Bretaña, pero del otro lado del Atlántico los puntos de vista no eran muy distintos. En enero de 2015 la compañía de teatro -dirigida por las estudiantes- del colegio de artes femenino de Mount Holyoke (South Hadley) canceló una representación de la emblemática obra feminista de Eve Ensler *Los monólogos de la vagina*, aduciendo que la pieza, ya desde el nombre, no era lo bastante inclusiva ni respetuosa de las mujeres trans.

El velo ilustrado

No es éste el único tema que ha hecho colisionar -y excluir puntos de vista- en el feminismo actual de las altas esferas educativas. Desde

las tiendas del conservadurismo o el escepticismo, se ha señalado con sorpresa y algo de sorna lo que parece ser el más improbable de los pactos de no-agresión (más que una alianza, como a veces se la acusa de ser), que parte del feminismo actual parece mantener con el Islam y sus voceros. Siendo una buena parte de los regímenes islámicos notorios por su opresión a los derechos de la mujer y a cualquier forma de equidad de género, muchas de las actitudes y declaraciones provenientes especialmente de las organizaciones feministas universitarias han causado perplejidad entre muchas y muchos adherentes al movimiento y sarcasmos por parte de sus detractores.

La base de esta aparente tolerancia y en ocasiones colaboración con los intereses islámicos parece ser multicausal y provenir de una cierta solidaridad entre parte del feminismo con la cultura de sociedades a las que se considera igualmente oprimidas por el patriarcado capitalista por motivos culturales y raciales. La proximidad histórica entre las cátedras de estudios de género y las de estudios poscoloniales -y sus bases teóricas comunes que combinan teoría antiimperialista con un cierto relativismo cultural posmoderno-, así como la coexistencia y colaboración entre los movimientos universitarios feministas con los que combaten lo que perciben como islamofobia (estructurados en el mundo anglosajón bajo la estricta normativa discursiva de la corrección política y denominados -en ocasiones

por voluntad propia- como *social justice warriors*), han generado algunos boicots y reacciones difíciles de comprender desde tiendas propias o ajenas.

El caso más estridente es el de Ayaan Hirsi Alí, escritora y activista somalí de origen holandés, notoria por haber guionado el corto *Sumisión* (2004), película que criticaba en forma metafórica la condición de las mujeres bajo el Islam, y por la que su director Theo Van Gogh fue asesinado mientras que Hirsi Alí fue condenada a muerte por varias organizaciones islámicas (incluyendo un grupo de rap), lo que la ha forzado a vivir en la semiclandestinidad hasta el día de hoy. Negra, proveniente de uno de los países más pobres de África, víctima de la mutilación genital religiosa y de un matrimonio pactado entre familias, editora de una de las principales revistas feministas de Holanda, perseguida política, defensora de la legalización del aborto y la libertad sexual y fervorosa activista contra la opresión femenina, se supondría que Hirsi Alí sería considerada como una heroína del movimiento. Sin embargo, cuando la prestigiosa Universidad Brandeis (Boston) decidió concederle un título honorario e invitarla a dar una conferencia, se encontró no sólo con alguna previsible oposición de las organizaciones musulmanas del colegio sino también con la de un número muy significativo de profesores encabezados por Karen Hansen y Dian Fox, ambas pertenecientes a la cátedra de Estudios de Mujer y Género. Finalmente,

la universidad se echó atrás, argumentando que algunas de las pasadas declaraciones de Hirsi Alí iban a contramano de los “valores centrales” de Brandeis y la activista no recibió ni el título honorario ni la posibilidad de hablar en el recinto.

Similar fue el caso de la activista de derechos humanos y feminista secular iraní Maryam Namazie, una de las principales dirigentes en el exterior del proscripido Partido Comunista de los Trabajadores iraní. Namazie, antigua musulmana convertida al ateísmo e impulsora de numerosas iniciativas contra la violencia de género, es -a diferencia de Hirsi Alí, quien siempre ha sido próxima a los partidos de centro-derecha holandesa- una clara militante de izquierda, enemiga simultánea del patriarcado islámico y de los grupos antiinmigratorios europeos ligados con las ultraderechas.

En setiembre de 2015, Namazie fue vetada por el gremio de estudiantes de la Universidad de Warwick (Coventry), negándole la participación en una charla sobre religión a la que había sido especialmente invitada, bajo el pretexto de que su charla “instigaría el odio religioso”. Ante el escándalo público por la censura, el gremio echó marcha atrás y la activista pudo realizar su conferencia unos días más tarde sin que hubieran problemas de ninguna entidad. Pero al ser invitada a dar una charla sobre blasfemia en la Universidad de Goldsmiths (la misma donde la humorista Kate Smurtwhaite había sido considerada indeseable), su

exposición fue interrumpida en forma bastante violenta por un grupo de estudiantes musulmanes (todos ellos hombres), quienes hicieron todo lo posible para evitar la conferencia de Namazie, generando todo tipo de ruidos, desconectando los equipos, tratándola a la iraní de “islamófoba”, insultándola y, según algunos testigos, haciéndole gestos amenazadores, como si le apuntaran con armas. Al otro día la organización de estudiantes feministas de Goldsmiths emitió un comunicado acerca de los incidentes, pero en lugar de solidarizarse con la conferencista agredida, lo hizo con los estudiantes musulmanes, argumentando que dejar hablar a “conocidos islamófobos” sólo podía contribuir a crear un “clima de odio”.

Los evidentes conflictos de intereses de fondo y protocolos superficiales han puesto en el centro del debate público tanto las políticas de *no platform* como la de los *safe places*, sirviendo incluso de excusa a los políticos de la derecha reaccionaria que alegan que el mundo de la enseñanza terciaria ha sido cooptado por el extremismo de la corrección política, filosofía que parece haberse aliado con el feminismo tardío hasta hacerse por momentos indistinguible. En todo caso, lo que parece estar emergiendo son dos formas de ver el mundo muy diferentes, a pesar de compartir en teoría los mismos objetivos, y al menos una de ellas no parece creer en que sea posible su coexistencia con la otra. ■

Gente de frontera afro

Las Cañas, “el pueblo de los negros”

AL NORTE de Cerro Largo, bien cerca de Río Branco, se encuentra Las Cañas, uno de esos poblados que se formó con el silencio de la historia de Uruguay. La biodiversidad de la zona es riquísima y se sitúa en una microcuenca del arroyo Las Cañas con Paso Centurión-Sierra de los Ríos.

De su geografía se destacan las pendientes, las quebradas y las rocas con una vegetación particular.

Las especies son diversas y algunas sólo sobreviven allí. Por ejemplo, “la paca”, conocido como un conejo con pintas, “el aguará guazú”, pariente de los lobos según los nativos, y el “tamandú” u oso hormiguero. Todas tendientes a desaparecer. Y su gente también es particular.

La frontera tiene en sí misma otros lenguajes y no sólo se notan en el habla, también en los relatos de la cultura limítrofe. Se cuenta que Giuseppe Garibaldi se encontró un tesoro, que Lorenzo Latore quiso fundar un pueblo con su nombre y que la aduana de Paso de Centurión fue una especie de portal antiinvasiones lusobrasileñas, sobre 1780.

Antes de 1888 la migración de los esclavos fue muy importante y se radicaron por zonas escondidas de este lado del río Yaguarón, entre ellas la del arroyo Las Cañas.

La población afrodescendiente en Uruguay es de 8,1%, pero en Cerro Largo crece a 11%. Según Elena Sosa, prevencionista en salud de la zona, en relevamientos del año 2000 las personas afro eran 80% de la población (aunque tal cosa gente no se perciba como tal). En 2008, Hortencia Coronel, educadora de la localidad, señala que en Las Cañas había 200 personas viviendo de forma permanente.

La mayoría de los pobladores son descendientes de esclavos, que se mestizaron con europeos e indígenas, algo que es parte de la historia oriental.

Las Cañas es conocido como “el pueblo de los negros”, apagando con esa nomenclatura su rica historia. Una historia gastronómica, ganadera, donde está muy presente la producción de lana artesanal. Pero también cuenta historias de hambre, de enfermedades y luchas sociales. Asalariadas y asalariados rurales en su mayoría, han tenido fuertes vínculos en el ámbito de la producción y han realizado las tareas domésticas en chacras y estancias.

Puntas de la Mina, Las Cañas y Cañitas son tres poblados que se formaron con población que migró de Brasil en búsqueda de la libertad. Así formaron poblaciones quilombolas, como lo afirma Armando Olivera en *Crónica de Migrantes* (2011) o Victoria Pereira en su investigación *Plasmando Cultura* (2014). Por otra parte, en la tesis de María Pérez -una investigación sobre los menores de edad con discapacidad que no tienen servicios especializados-



Pastora y Vicenta en 1954. / FOTO: GENTILEZA DE DELIA SILVERA

encontramos otros datos significativos, como que 10% de la población es menor de 18 años.

Las quitanderas

En un lugar de hombres, quienes marcaron presencia fueron las “Quitanderas”, mujeres que trabajaban de la comida que elaboraban. Ellas iban donde las “señoras” no debían ir (Olivera: 2011).

Eran mujeres muy activas y caminaban cientos de kilómetros en una semana.

Estas atrevidas de la historia dieron trabajo a otras mujeres, alimentaron a sus niños con sus ingresos y trabajaron sin patrón hilando el tejido social entre un lugar y otro. Regentaban las ferias ganaderas, las yerras, los bailes de campaña, las pencas y otros eventos culturales de la época en el campo.

Las quitanderas agregaron vocabulario al departamento de Cerro Largo y enriquecieron el paladar popular de la zona.

Sus platos se conocieron por tradición oral de sus ancestras y luego por el pueblo entero hasta convertirse en los más queridos de toda la región. Quienes los siguen elaborando son las mujeres rurales de Las Cañas y sus familias.

Uno de los más famosos platos es el arroz de príncipe, adorado por los niños. Es una preparación dulce. Al arroz hervido se le agregan yemas y frutas se-

cas mezcladas, hasta que queda como una torta, que se corona con mucho merengue y un rato de horno.

El Manicete es todo un tema para investigar, dado que se dice que es uno de los cultos de la comida afrobrasileña a Oshum: un maní tostado y gaseado muy afrodisíaco.

También están las roscas glaseadas y las broas, cada vez menos frecuentes pero aún presentes en los hornos de barro de los alrededores de Las Cañas.

Mujeres

Conocí mucho de Las Cañas a través de Victoria Pereira, militante y licenciada en ciencias sociales, hoy referente de género de Inmujeres en Cerro Largo. Nacida y criada en Melo, es una mujer afrouruguaya muy joven que conoce sobre la dinámica de la discriminación por etnia y por género.

Trabajamos juntas en el Departamento de Mujeres Afrodescendientes (DMA), desde donde nació la investigación *Plasmando cultura*, que ella lideró. En su trabajo expone muchas aristas de cómo es la vida de las personas afro en el medio rural, en especial la vida de las mujeres.

Viajamos con Onnika y Victoria a conocer Las Cañas en 2014 con un proyecto más amplio de investigación del DMA y nos encontramos con otras fronteras de Uruguay. Salimos desde Melo y

Laura Coronel aporta una serie de definiciones que nos sitúan en esa cultura: Quitandera es una palabra que deriva de la lengua bantú (Angola, Mozambique, Congo), insertada en el portugués, que significa “mujer que elabora y comercia alimentos en una quitanda”. En Brasil era la mujer negra, esclava o liberta, autorizada a vender comida en lugares públicos. La quitanda es el puesto móvil en el que se vende comida, postres y dulces. El quitute, un alimento especialmente sabroso.

viajamos unos 40 kilómetros hasta llegar a Las Cañas. La entrada por la ruta 26 es un camino sinuoso entre quebradas y sierras donde la falta de caminería se hace sentir.

Nuestra guía fue Delia, una mujer que casi deja su lomo en los años de asalariada, que con una gran sonrisa y mucha predisposición nos mostró el pueblo y nos propuso conocer a más familiares de Vicenta y Pastora, dos hermanas emprendedoras e inquietas que vivían de su arte manual para deleitar los gustos de soldados, gauchos, guapos y parroquianos de la época. Con sus pañuelos en la cabeza salían cada mañana en busca de clientes para sus quitutes, y así se mantenían varias familias.

Enseguida se nota la presencia de familias afrouruguayas. Los colores en la vestimenta dan cuenta de la cultura brasileña y nos hacen recordar qué cerca estamos de Yaguarón. En la puerta del almacén algunos gauchos descansando a la sombra, alguno bebiendo una copa y otros jugando a la bolita. Los caballos del lado izquierdo del almacén miran entrar y salir a los pobladores en busca de víveres, charlas y esa reminiscencia de pulpería.

Delia había recibido el año anterior el premio Amanda Rorra en reconocimiento a la labor de sus familiares Pastora y Vicenta, premio que se da a las mujeres afro de Uruguay en el marco del 25 de julio, día de la mujer afrolatina, afrocaribeña y de la diáspora.

En aquella entrega contó sobre las quitanderas y sus vidas; Victoria habló de la importancia del legado y lo que significaba esta estatuilla para la localidad y para las mujeres afro que merecen referencias positivas.

El premio significa reparación de la autoestima de las mujeres afro de frontera y la emoción de contar sobre sus vidas invisibles en Cerro Largo.

Delia respiraba hondo cuando nos llevó al río Las Cañas y masticó un tallito verde. Aprovechó a contarnos secretos como el de “la cueva del tigre”, donde habita una tigresa a los que varios guapos le temían en la noche cuando andaban cerca o cuando tenían que ir a buscar a un animal perdido. Delia nos llevó a visitar a Ana, hija de Pastora, y juntas recopilamos historias.

La de Vilda, por ejemplo, una trabajadora que ama lo que hace aunque no recibe la remuneración que merece por el bravo trabajo de muchas horas en el telar y en el teñido. Una mujer muy luchadora que cuando hay maní prepara Manicete. El día que fuimos tenía mucho trabajo pero nos contó un poco sobre cómo es el proceso de la lana y el teñido artesanal.

Hortensia ha trabajado con la educación y con acciones comunitarias, como el acceso a servicios. Conocí a Hortensia en una presentación en Melo en 2010, donde presentó la investigación sobre las quitanderas que ganó los Fondos Concursables para la Cultura de 2006; fue la primera vez que escuché hablar sobre este oficio y los trabajos de las mujeres en la frontera.

Hortensia y Elena Sosa han luchado por la luz, la salud y contra el desconocimiento. Si bien no son afrodescendientes, es un tema que conocen de cerca y que siempre generó preguntas y trabajo comunitario en un pueblo merecedor de igualdad de oportunidades, donde hay muchos olvidos y donde políticos y mandos medios miran para el costado. Aunque desde 2013 hay agua y luz en todo el pueblo, faltan condiciones para los niños que tienen limitados sus derechos en el acceso a la educación. Ni hablar de los derechos laborales de los adultos.

La forestación, el sobrepastoreo, la caza y la tala están empobreciendo la biodiversidad, por eso los vecinos luchan porque en un futuro sea área protegida.

Uno de los pocos temas que generan red son las fiestas camperas, la escuela, las historias de las fronteras y quitandas.

Cuando pienso en Las Cañas no sólo me acuerdo de lo bello que es su paisaje, recuerdo a su gente y sus crianzas. Me imagino un tiempo donde se lleve con orgullo ser negra o afrodescendiente y no como un defecto o algo que hay que esconder. Me imagino un tiempo donde haya frecuencias de buses para tener más opciones de vida y me imagino apoyo para que el telar, el quitute y la historia de las quitanderas sean parte de los estudios del Uruguay rural y del patrimonio femenino, de cómo se vive en el campo. ■

«FICCIONES PROPIAS»

Profesional

Revolví los restos de hielo de mi Cutty Sark describiendo pequeños círculos con el dedo índice derecho, el resto de la mano suspendida en un puño cerrado a unos cuatro centímetros por encima del vaso. Era el dedo que me quedaba sano. Es una de las conductas que tengo solamente estando borracho. En esta ocasión en concreto, buscaba desesperado cualquier distracción para dejar de pensar un segundo en el culo de Cecilia, que se movía enfundado en un pareo verde a unos metros.

¡Qué bendición los lentes de sol!, pensaba mientras intentaba perforar tela y carne con la mirada protegida por aquel prodigioso velo de vidrio oscuro. Incluso en ese espacio tan pequeño, la maravilla de la óptica moderna me permitía practicar el voyeurismo más libidinoso con total impunidad.

Hacia casi un día que Cecilia estaba así. Como haciéndose la distante. Mirándome poco. Teniendo conmigo esas conversaciones que eran apenas alguna desviación de las charlas grupales. Como si interactuar conmigo fuera casi el inevitable daño colateral de vivir en sociedad. Ella sabía que eso me atormentaba, la pérdida de la complicidad, la degradación a individuo inofensivo.

Reconozco que tuve que ver para que la situación se expusiera así, pero estaba siendo bastante hija de puta desterrándome a ese perverso exilio mudo. Como si ella no hubiera sido, al menos, igual de ineficiente que yo.

El día anterior los dos reíamos drogados mientras lavábamos los platos en unas palanganas de plástico muy berretas en el fondo del rancho. La atracción estaba desde

hace tiempo, pero el verano, el alcohol, las guitarreadas, en fin, todo eso que hace que te permitas sostener la mirada apenas un par de segundos de más, precipitaron lo inevitable. El aire caliente estaba atorado con la sinfonía de nuestras frases sin sentido y el ruido a vajilla chocando, amortiguado todo apenas por el coro de chicharras. Ella lavaba tanto más rápido. Eso ya me tenía un poco excitado. Cecilia estrujaba esa esponja con una habilidad y a la vez una violencia, tan inequívocamente sexual, que era imposible no ser subyugado por aquella masacre de espuma y aguas agitadas. Lo que ella hacía no era lavar, era una danza de apareamiento, lo supiera o no.

Mientras yo luchaba con una copa sumergida, ella declaró su parte terminada y antes de que pudiera decirle que solamente me quedaba esa pieza para liquidar el tema, enterró sus manos en mi palangana para seguir con mi cuota del lavado. Su mano terminó cerrada en torno a la mía. Nos miramos por un lapso que no debió ni llegar al segundo pero que fue suficiente para que ambos nos diéramos por afectados.

Alguien apretó, y el vidrio reventó entre mis dedos. Sacamos las manos del agua como si hubiera ahí adentro una piraña furiosa. Quizás porque no sentí dolor, apenas pasó el susto la estaba mirando de nuevo, el cerebro ocupado con la caricia accidental que acababa de recibir. Ella también me miraba, con esa cara entre asustada y culpable. No sé si era el sudor con la mezcla del protector solar lo que hacía que le brillara así la piel, pero ya había visto ese rojo manchado en los pómulos de una mujer antes, así que me animé a estirar el brazo y

tocarle la cara despacio. Lo hice con la sutileza que intentó transmitirme la señora a la que una vez le pedí que me enseñara a tocar la flauta. *Soplá como si tuvieras que doblar la llama de una vela sin apagarla*, repetía resignada ante mi ineptitud. Y también con algo de temor, como si de verdad existiera la chance de que me arrancara el brazo de cuajo. El barrido de mi pulgar le dejó en el cachete un resto de espuma de detergente del Chuy y una gota de sangre que se escurrió cara abajo hasta la comisura derecha. Se me puso tan dura en ese momento que pensé que me iba a reventar la bermuda. Ahí fue cuando le pregunté si le podía dar un beso. Todo se vino abajo.

La transfiguración súbita de un rostro siempre me ha resultado un espectáculo fascinante, sea hacia la carcajada más estridente o al llanto desconsolado. Pero no hubo ahí grandes contorsiones ni fruncimientos, comisuras convulsionadas o venas en delta emergiendo a la frente o las sienas.

—No me podés decir eso. Un beso no se pide. Ni el beso ni el permiso. Me lo tenés que dar y listo.

—Te lo iba a dar igual, no me dejaste, era sólo una frase de pie.

—Esas cosas no se piden.

Se paró y se fue. Me empezó a doler el dedo. Fue como un augurio de reflexiones problemáticas. Es que su reacción había sido decepcionante. Incluso dejando de lado que yo lo iba a hacer de todas formas. Me iba a lanzar, apenas tanteé el terreno antes de saltar. Pero la mayoría de las mujeres, así como por falta de costumbre no toleran bien el rechazo amoroso, tienen una

especie de reacción irrefrenable en contra de cualquier planteo que implique la negociación sobre el afecto. No lo perdonan, lo consideran indigno, como si hubiera un mandato implícito de que el cortejo es, inevitablemente, un duelo entre una hembra arisca y un macho que debe sobreponerse a su vocación de animal silvestre y huidizo con ingenio, fuerza, belleza, o un poco todas. Hay una resistencia a vencer, una ciudadela a tomar, y en definitiva al margen de la táctica elegida debe haber incertidumbre y riesgo, aunque sólo sean mera ficción. Probablemente ella pensó que yo le estaba quitando la verdadera gracia al asunto. Pero ya no había gracia posible, todo estaba dicho desde mucho antes de mi frase. Nos íbamos a besar y los dos lo sabíamos. La única esperanza de gracia posible, fue para mí, ofrecerle el espacio para una respuesta ingeniosa a una pregunta ridícula.

Ella miraba el celular, tenía una sonrisa pícaro mientras escribía. Yo sabía que no había nada que temer, que cuando era algo genuinamente turbio leía y escribía exteriorizando la misma emoción que le produciría un informe de cotizaciones bancarias. Era una profesional y esas formas a veces traicionan de maneras inesperadas. Como los lentes de sol. Recién horas después leí en mi celular el mensaje que había estado escribiendo con aquella sonrisa maliciosa.

Tras el resguardo de mis lentes tuve que apretar los ojos un segundo y procurarme otro whisky para tragar más fácil el sabor a vergüenza. *La gente está comentando que no parás de mirarme el culo.* ■

Joaquín Russo

YO NO SOY

Sacárselo a la madre

Raquel y yo estábamos ahí, sentados uno al lado del otro, por tercera vez en ocho meses. Ni yo sabía que se llamaba Raquel ni ella que yo Lorenzo. Es que ella no es de Trinidad, sino de Ismael Cortinas. Supimos nuestros nombres después de que ella me sacó tema.

¿Por qué se lo querés sacar a la madre?, me preguntó Raquel cuando le dije que estaba ahí buscando la tenencia de mi hijo. Le comenté que cuando arranqué el trámite lo primero que hizo la Justicia fue dársela provisoriamente a ella, “mientras son diligenciadas las pruebas”, para en el párrafo siguiente establecer un régimen de visitas y una pensión alimenticia que no tomaban en cuenta que Felipe pasaba más días conmigo que con ella, aunque tampoco me parecía el foco del asunto porque en los hechos venía aportando, mottu proprio, como pensión mensual, una suma superior a la que ahora establecía la Justicia. Mi abogado, el de aquel entonces, me había anticipado que era lo que se hacía siempre cuando se presentaban estos casos, que para que fuera de otro modo la madre se tendría que haber mandado tremenda cagada. Después -aseguró el doctor-, todo “se va a normalizar”, pero siempre dentro de lo que el sentido establece para cuando los padres se separan: el niño vive con la madre y pasa algunos

días con el padre. Un sentido común que no siento propio, le expliqué. Y le conté a Raquel cómo lo provisorio empezó a llevar meses, y los meses sumaron años, en parte porque me acostumbé a que ésa era la realidad posible y porque mi abogado de entonces ni me avisó cuando hubo audiencia y ninguna parte se presentó. Ya todo era normal. Algo llegué a hablarle a Raquel, sentados en el Juzgado, de los roles asignados por género, del hombre que provee y la madre que cuida, y de cómo pesa esa matriz, de cómo se retransmite y nos construimos todos implícitamente en función de ella: ser madres, hacerse cargo de las cosas de la casa, atarse a la belleza como valor; ser mediadora en la familia, no romperle mucho las pelotas al marido; ser dulce, “forjadora de valores familiares”, como subrayó una senadora uruguaya el año pasado para celebrar el Día de la Mujer. Llegué a hablarle de cómo ese significado de mujer en realidad está servido para el varón, y que ese porte de significado, como le leí a Laura Mulvey, en definitiva ayuda -y esto ya no lo decía Mulvey- a que se siga construyendo constantemente no sólo ese significado de mujer sino también el de varón que es acompañado por una mujer. Llegué a decirle que me considero feminista y que

en definitiva lo concreto era que perfectamente el niño podía vivir conmigo, que yo trabajo en mi casa y que podía tener un régimen de visitas con su madre. Y Raquel me dijo que entendía, pero que igual, “la madre es la madre, y no es lo mismo la madre que el padre”, usando más o menos las mismas palabras que había utilizado el primer abogado que me patrocinó, y que en los hechos era lo mismo que la Justicia me venía diciendo hace rato, así como me lo dijeron los datos del BPS que vi en el diario dos días antes en una nota sobre cómo desaparecen mujeres de la actividad formal después de terminar la licencia maternal. Después reaparecen en proporción casi directa al crecimiento de sus hijos.

Raquel decía que sí, pero que sacarle un hijo a la madre no está bien. Y yo quería explicarle que no sacaba, que no se trataba de una posesión.

Intentaba no enfrasarme. Si la Justicia con sus herramientas no lo entendía, supuse que iba a ser más difícil con Raquel. Le admití, y a Raquel le gustó esa idea, que llegué a pensar que le podía estar errando, que en definitiva la Justicia protegía a mi hijo de tener que ser el raro que no vive con la madre, que podría traumarlo. Pero nada de esto implica, le expliqué, que la madre deje de ser madre, como nunca dejó de ser-

lo, como nunca yo dejé de ser el padre. Y le expliqué que un amigo tiene un bebé, que la madre del bebé trabaja todo el día y que él es quien se queda en casa, y que una vecina que lo ve siempre a él con el niño un día le preguntó en la calle: “¿Y dígame usted, dónde está la madre de ese niño?”. Él, mi amigo, sabe que el comentario en la panadería es que es un mantenido, pese a que es el primero en levantarse y el último en acostarse, trabajando en horas remuneradas tantas o más que la mujer y luego agrega las de las tareas del hogar. ¿Todo eso qué tiene que ver con lo tuyo, Lorenzo?, me preguntó. No llegué a contarle los detalles de los “no” que expuse, de la búsqueda de comprobación de aspectos que, en definitiva, se paraban violentamente contra una persona con la que tendría un vínculo vitalicio. No alcancé a decirle que si la Justicia me daba la tenencia iba a ser no por mis virtudes, sino como un recurso, y que efectivamente empecé a sentir que le quitaba algo a otro, y eso es tremendamente perverso.

Me quedé con todo eso en la garganta. Justo me llamaron para entrar a la audiencia. De Raquel no supe más, porque tampoco volví a ir al Juzgado más que para levantar la sentencia. ■

Emilio Martínez Muracciole

ALGO MÁS DE ANNA

Anna se sentó una tarde al costado de mi banca en el parque La Roquette, yo leía intentando con medio ojo vigilar a mis niños. En esa tarea imposible de seguir una historia en medio de charlas en francés, meriendas y juegos, Anna se fue acercando más.

Primero me pidió permiso para compartir el banco, con los días empezamos a saludarnos. No sé cómo pudieron pasar tantos meses sin que yo me preguntara qué hacía ella allí, pero por esos tiempos había dejado de preguntarle a la gente por su vida. Por varios días creí que ella también cuidaba niños, así que las conversaciones infantiles, las primeras palabras, las gracias y algunas banalidades más llenaban el espacio de tiempo antes de la vuelta a la casa.

Una tarde le pregunté a quién cuidaba y ella me miró con ojos desorbitados. No cuidaba a nadie, apenas a ella misma y ya esto lo hacía mal.

Vestía medias de red bastante seguido, llevaba un saco largo negro y generalmente usaba sombrero. Mientras duró el invierno la vi con un rojo intenso en los labios, que era la forma de saber que había vida en su blanco rostro.

A qué se dedicaba realmente fue algo que quedó siempre en el plano de los misterios. A mí lo que me gustaba de ella era su discreta simpatía y esa idea de que siempre quedaba algo por contar.

Nunca me voy a olvidar la tarde que comenzó con sus cuentos de amor. Encontraba amantes como yo inspectores en el metro. Cada semana había un nuevo árabe, un italiano fotógrafo, un vecino simpático, un africano que hacía buenos chistes y así. Yo me devanaba el cerebro para retener los nombres e hilar las historias sin preguntarle nada. Ella venía cada tarde con su sonrisa abridora de mares y luego de unas pocas palabras de evasión llegábamos al tema que nos convocaba. Nunca supe qué era lo que ganaba ella contando, pero tuve claro desde el primer día que cuando me despedía de Anna, varias veces estuve obligada a secarme para seguir caminando.

Yo ponía mi cara de nada, me metía en mi papel de apertura mental y abría las orejas como ella las piernas. Conocía el tamaño de los penes de sus amantes, las manchas de niñez, las fantasías que los dejaban prendidos fuego y los traumas que en pocos segundos podían transformar una gran vara en un miserable maní tristón.

Del alma de sus amantes sabía muy poco, y parece que así se sentía mejor. Llegó a preguntarme algún día de qué país era su ex amante negro o cuándo era la fecha de cumpleaños de aquel chico de su última cita. Como si



Federico Murro

mi concentración pudiera notarse al punto de transparentar que en el vacío de mi memoria no encontraba nada mejor para guardar. "Era de Senegal, te juro que me acuerdo, de ahí era", respondía mientras ella me miraba confiada pero dudosa, y sin decir gracias volvía a su relato.

La última tarde Anna se sentó distante. Masticaba un chicle que le iba muy mal con su imagen y rechazándome una galletita me dijo: "Mirá que yo no soy torta". Yo nunca hubiera dicho que Anna era torta, tampoco hubiera dicho lo contrario. Pero esto no se lo dije, sólo asentí a su afirmación: "Bueno, no lo sos".

Con unos pocos mangos de la venta de unas camisas, Anna se había comprado un conjunto de sutien y culote en encaje que imitaban la lencería del siglo diecinueve. Había robado unas medias de red de una cuerda de ropa vecina y se alistó para una cita peculiar. Estaba invitada a cenar en casa de un amigo. Nunca entendí si cuando decía "amigo" era amante recurrente o si era un amigo con el que tenía sexo o si no lo tenía o era un amigo y punto. La cosa es que toda prendida se fue a

la cena y del otro lado de la puerta una chica más grande que ella, quizás de unos cinco años más, cabello teñido y vestido escotado, le dio la bienvenida.

-¿Pero vos no sabías que también te esperaba una mujer?

-Sí, claro, pero no -dijo Anna, dejando las cosas flotando en una nube de dudas.

La chica era simpática, parecía culta, de pelo oscuro y pecas, un poco gorda, un poco grande, dueña de unas tetas desbordantes y unos dientes un poco torcidos que redondeaban una imagen entre bonachona y picaresca.

En la otra punta de la mesa estaba Mario. Anna se acostaba con Mario desde hace poco, siempre quedaba algo inconforme, pero Mario tenía una sonrisa sincera y millones de ideas que la sacudían de cierto letargo. Él estaba hermoso, se había cortado el pelo.

A ella de la mesa le tocó el centro. La comida le quedaba lejos, casi inalcanzable, ubicada en las puntas. De todas formas, ya todo estaba organizado y ella tenía el hambre suficiente para pedirles a sus anfitriones que le acercaran los platos. Primero se dirigió a la amiga de Mario, quien inmedia-

tamente se levantó y le preguntó: "¿Te gustan los secretos?"

De un momento a otro se encontró con los ojos tapados por una venda negra. La chica la estiró sobre el largo de la tabla y comenzó a alimentarla. Mientras Anna recibía en su boca almendras, pasas y algo picantón que no pudo distinguir, unas manos frías sacaban de su cuerpo lo poco que llevaba como vestimenta.

La voz de Mario le susurraba y él olía sus senos mientras esparcía algo frío sobre sus costillas. La jalea se le coló a la espalda pero esto no le importó. Mario le pidió que besara a la otra chica y ella obedeció, concentrada en el desliz de sus bombachas. Alguien le mordía los pies, los envolvía con la lengua y apenas pudo abrir la boca para expresar sus cosquillas sintió como un pene pronto le buscaba la lengua. Cuatro manos la tocaban de arriba a abajo, sus bocas la lamían. Sus senos estaban en celo, esperando la vuelta de esa lengua o de la otra. Los cuerpos ya no tenían género y las pieles sólo tenían la marca del placer.

Tendida en la mesa fue el banquete de quienes minutos después sintió extraños. Re-

cuerda claramente los detalles que ocurrieron hasta que vino el momento del éxtasis y se fue en mares sobre los labios de dientes chuecos. Para cuando terminó de gritar ahogada en un gemido, oyó a lo lejos los besos de quienes ya se conocían, las risas cómplices de quienes lo han planificado todo, y que se paseaban con los ojos bien abiertos. Recogió sus calzones y se vistió como pudo.

-Y pasó eso, y me fui. Así que al final no soy bisexual, no soy lesbiana, no soy más que un pedazo de carne.

No la pude mirar, posé mis manos en mi vientre y acepté sin vergüenza cómo un chorro de pichí se me iba entre las piernas mojándome las botas, tenía la boca seca, las mandíbulas duras. No me moví, no le tendí mi sonrisa cómplice como lo hacía siempre. Atiné a decir algo como "te entiendo, sí, yo tampoco soy...". O quizás fue algo más torpe aun. Llamé a los niños y les dije que se había terminado la hora del juego: "Vamos, vamos, nos volvemos a la casa, hoy no estoy del todo bien". ■

Valentina Viettro

Apoyan:



2015-2025
DECENIO DE LAS PERSONAS
AFRODESCENDIENTES
RECONOCIMIENTO = JUSTICIA = DESARROLLO



Redactor responsable: Lucas Silva / Edición y coordinación: Apegé / Diseño y armado: Martín Tarallo / Edición gráfica: Iván Franco Ilustraciones: Federico Murro / Textos: Gonzalo Curbelo, Guillermo Garat, Marina M Novaes, Emilio Martínez Muracciole, Leticia Rodríguez Taborda, Joaquín Russo, Valentina Viettro / Corrección: Magdalena Sagarra / Consejo asesor: Valeria España, Patricia P Gainza, Ana Karina Moreira